

Alfonso Domingo

EL ESPEJO NEGRO

algaida
eco

La novela *El espejo negro*, de Alfonso Domingo, resultó ganadora del XLIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Diseño de cubierta: Masgrafica.com

© Alfonso Domingo, 2011

© Algaida Editores, 2011, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9877-997-4

Depósito legal: SE. 655-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ALA DERECHA DEL TRÍPTICO

PREFACIO CON CARTAS DEL TAROT Y

ORÁCULOS DIVERSOS 9

TABLA CENTRAL

JONÁS Y LA BALLENA 13

Capítulo I. Fuera de cuadro 15

Capítulo II. El demonio del mediodía 45

Capítulo III. Ámsterdam, tela de araña 71

Capítulo IV. Mujeres de fuego 95

Capítulo V. Tiempos de resistencia. 133

Capítulo VI. Jasón/Jonás 173

Capítulo VII. Carros de heno 205

Capítulo VIII. En el vientre del Seol. 231

Capítulo IX. La vuelta del Hades 263

Capítulo X. Juego de damas. 299

Capítulo XI. Los fuegos de San Antón 347

Capítulo XII. El baúl de Pandora 399

Capítulo XIII. El marinero fenicio ahogado. 443

Capítulo XIV. La maldición del fuego. 487

ALA IZQUIERDA DEL TRÍPTICO

DIABLOS E INFIERNOS 521

AGRADECIMIENTOS 531

ALA DERECHA DEL TRÍPTICO

PREFACIO CON CARTAS DEL TAROT
Y ORÁCULOS DIVERSOS

ESA FUE LA TIRADA DE ÁMSTERDAM, LA DE LAS NUEVE cartas: en el centro, el Colgado; por encima, el Ermitaño; por debajo, la Estrella; a la derecha de la Echadora de cartas, la Luna, y a la izquierda, el Hierofante o Sumo sacerdote, invertido.

Para completar, las cuatro verticales, de abajo a arriba: el Mago, el Diablo, el Mundo y el Loco.

No pensé jamás que fuera necesario un libro para interpretar una tirada de cartas. Para encontrar la clave. Las señales son solo eso, señales. De nada vale reclamar al arúspice la intriga, el hilo conductor. Desmadejada de la vida, como quien dice. Así que todo se mezcla, naipes y arquetipos que tienden al desorden y al enredo: atavíos, conductas, personalidades, costumbres, caminos esotéricos, algunos personajes, varias épocas y situaciones. Toda novela es como una obra alquímica, abanico de posibilidades: encajadas todas las piezas, en el atanor se destila la posible piedra filosofal, la rosa rúbea de la creación.

Tirada de cartas, fábula del mundo, pintura que refleja lo opaco de una sociedad, su espejo oscuro: el miedo, el peso de lo bárbaro y atávico, animal, en nuestros genes. Infiernos distintos en el tiempo y en el espacio

que son en realidad los mismos, los que se obstina en perpetrar el ser humano con sus propios semejantes.

No hay una, sino muchas búsquedas. La palabra es una de ellas, ciclo en eterno movimiento. Con la inconsciencia del Loco y su impulso glorioso de emprender la senda, comienza la obra: se abre el tríptico, se peina la baraja, se revelan los augurios, trabajan los magos y se disponen las conjunciones estelares.

TABLA CENTRAL

JONÁS Y LA BALLENA

CAPÍTULO I
FUERA DE CUADRO

Sepulturero, es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades,
pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres.

LAUTRÉAMONT,
Cantos de Maldoror, I.

NUNCA DEBÍ HABER PINTADO ESE CUADRO. DURANTE años creí haber escapado a su influjo, pero aquello me marcó para siempre. Qué historia, la de mi existencia, y cómo se refleja en la tabla. Vida, cuánto misterio, encerrado a veces en los lienzos, siempre fuera, cabalgándonos, pasando sobre nosotros, pintándonos en cuadros sombríos, en cuerpos arrugados. Jamás pensé pasar de los noventa años. Pero para relatar mi larga peripecia, debo trasladarme tiempo atrás, cuando tenía veintitrés. A ese momento en el que, a pesar de mi juventud, se quebraba para mí la esperanza al pasar la frontera de Francia, en febrero de 1939.

En el puesto de Le Perthus me tocó presenciar escenas terribles, que se sumaban a las vistas en la retirada de Cataluña: miles de mujeres, niños y ancianos, además de soldados, huyendo con pánico de la barbarie que nos ametrallaba impunemente desde el cielo. Guardo de esos días la imagen de una mujer que llevaba un niño muerto en los brazos. No quería despren-

derse de aquel chiquillo de dos o tres años, así que terminamos por subirla a la camioneta. Ni en la carretera, ni siquiera en la frontera, encontramos una sola ambulancia; solo los gendarmes franceses, sin duda aleccionados, que no tenían con nosotros ninguna piedad, sus palabras resonando como látigos en nuestras espaldas: *Allez!, allez!, vite, allez aux camps!*

El primer campo, precisamente, fue el de fútbol, uno de esos campos de pueblo que no tenían más que los cuatro palos de las porterías. En aquel recinto, encima de la nieve congelada, concentraron a familias que se habían mantenido unidas toda la guerra y separaron a los hombres de las mujeres y los niños. Así que allí se dieron lloros, gritos, abrazos. Y sobre todo, frío y hambre. Porque la mayoría de la gente pasaba sin nada.

Al relatar una compañera el humillante registro de que había sido objeto, junto con otras mujeres, en un vagón de ferrocarril, se me hizo visible la derrota. Aquello fue como un mazazo. Cuando entramos en Francia, éramos un ejército vencido, un pueblo vencido. Las condiciones, bien es cierto, eran penosas, pero el dolor no estaba en dormir en las playas al norte de la estación balnearia de Argelès-sur-Mer, o en las inmundas barracas de Arlet, Le Barcarès, Saint-Cyprien, Vernet, Bram, Septfonds, Gurs u otros campos donde nos habían metido los franceses. No, el dolor estaba dentro de nosotros, se asomaba a la cara, tomaba acomodo en el cuerpo, inquieto recipiente donde se revolvían tres años de avatares. Cada uno en su peripecia, memoria de una guerra perversa, unidos todos por la gran y aplastante verdad: nuestro sueño se había roto. Habíamos fracasado, una oportunidad como aquella

no se volvería a presentar fácilmente. Todo lo que odiábamos en aquel país de herencias malditas nos había pisado otra vez el cuello, nos había destrozado: los militares, la Iglesia, la aristocracia, el gran capital...

Los que allí estábamos lo sentíamos, flotaba en el enrarecido aire. En cualquier otro momento nos hubiéramos revuelto contra aquellos franceses y sus tropas coloniales, los *spahis* senegaleses, no les hubiéramos permitido tratarnos como lo hicieron, a golpe de palo y orden.

—*Allez, allez aux camps! Allez aux camps!*

Pero para eso hubiéramos tenido que ser un pueblo, si no con más agallas, sí con menos cansancio en el alma y sin la losa del fracaso y el exilio, la vida ya como una incógnita. Ante nosotros, los gendarmes mostraban su cara más torcida, más negra.

«¿Has saqueado alguna iglesia? ¿Tienes alguna joya en tu poder?», preguntaban, en su castellano con acento francés, cuando nos hacían la ficha para mandarnos a un campo. A mí me tocó Argelès-sur-Mer, la playa. Un campo penoso, la arena como cama, cavando cuevas en ella, vivienda de cangrejos humanos, sin letrinas, solo el frío mar como gran baño, aunque pocos se adentraran en sus aguas. Nos daba vergüenza que nos miraran, mugrientos, delgados, desnudos de todo.

La rendición de Madrid y el final de la guerra empeoró nuestra ya maltrecha situación. Mientras que entre nosotros no se registró eco, inútiles los comentarios de unos y otros —comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, todos ocupados en la tarea de salir de allí—, para los franceses fue señal de peor trato y consideración.

Nuestra indumentaria pronto estuvo hecha una piltrafa, entre las malas condiciones higiénicas y la aparición de los piojos, que solo desaparecían cuando hervíamos las prendas. Los gendarmes no daban jabón ni ropa y en los alrededores del campo floreció un mercado negro de vestimentas y zapatos, martingala de la miseria, paraíso de los chamarileros; alguno hay siempre que saca partido de las desgracias de los demás para mejorar la suya propia. Surgieron intermediarios: algunos refugiados y guardianes. Las ventas incluyeron enseguida joyas y relojes, carteras de cuero, estilográficas. Los lugares cerca de las alambradas, donde a media tarde se realizaban los trueques, parecían el Rastro de Madrid o los Encantes de Barcelona. Eran escenas que no nos llenaban de orgullo, antes al contrario, hacían evidente nuestro lamentable estado de derrotados, de proscritos.

Habíamos perdido, pero la caída duró poco. No nos lo podíamos permitir. Como en un proceso físico, ley pendular de las conciencias, se dio en nuestras filas un sentimiento de sacudirse de encima la tristeza y empezar a moverse. Éramos luchadores. Habíamos decidido seguir peleando. Y surgió la organización en el campo, y los grupos culturales y los coros, cualquier cosa que nos devolviera la dignidad como seres humanos que tienen derecho a sueños de mejora y libertad. Buscábamos el calor en los demás, estar rodeados, juntos, en compañía.

Ese era el espíritu, pero para ser efectivo tenía que anidar en cuerpos, y el mío, aunque joven, aún no se había recuperado del impacto de los últimos meses de guerra y la mala alimentación e higiene de los campos franceses.

Sufrí una disentería. A pesar de los cuidados de los médicos, que se afanaban en la enfermería del campo, una barraca mal equipada, mi estado era preocupante. Los compañeros pensaron que si no me sacaban de allí, tendrían que enterrarme. Para recuperarme, buscaron una granja donde me restablecí.

Estuve un tiempo falsificando avales para los libertarios que habían caído en la ratonera de Alicante y penaban en los campos franquistas. Algunos compañeros habían cruzado la frontera de forma clandestina y se habían hecho con la documentación que pedían, los famosos avales que elaboraban la Iglesia, los jefes de Falange locales o los alcaldes para liberar a los prisioneros. Esa fue la primera vez que me dediqué a la falsificación, cuyas técnicas mejoraría con el tiempo. Como resultaba complicado hacerse con un sello de goma, incluso con un buen cuero, conseguí caucho sintético. El papel, de libros de viejo. Y fabriqué unas delgadas cuchillas de finísimo filo, a partir de las de afeitar, para poder recortar las letras de imprenta, una a una, y luego, con compás, los círculos. Lograba reproducir los sellos con ayuda de un espejo y una lupa. Fueron días y días de pruebas, de paciencia y afanes, hasta conseguir unos resultados aceptables. También aprendí a confeccionar dobles fondos en las maletas. El equipo en el que permanecí algunos meses consiguió que con esos avales falsificados salieran de los campos españoles unos cuantos libertarios, la mayoría de los cuales cruzó la frontera.

A la vez, yo trabajaba en la granja ayudando en las labores del campo. El primero de septiembre de 1939 se dio una coincidencia rara. Se produjo la declaración

de guerra de Gran Bretaña y Francia a Alemania, a la vez que se empezaba a cortar la uva para hacer el vino del nuevo año, vino que no salió muy bueno; quizá flotaba algo agrio en el ambiente.

Tras la declaración de guerra, la presión sobre los refugiados de los campos aumentó. Los franceses, mermada su capacidad de trabajo, ofrecían empleo en la agricultura y en batallones de marcha para abrir trincheras. A fin de conseguir sus objetivos, las autoridades de los campos endurecieron las condiciones, lo que hizo a muchos aceptar aquellos trabajos en los que pagaban la mitad que a los suyos.

Muchos de los responsables de la organización libertaria estaban aislados en el campo de Saint-Cyprien, y la organización decidió ayudarlos a salir de allí y buscarles un destino en México o Cuba, países que a priori eran más receptivos a nuestras ideas y donde podíamos obtener más fácilmente ayuda.

Me enviaron a París. Se sentía cada vez más cercana la guerra cuando llegué en tren, con dos compañeros y el mandato del comité responsable, con el objetivo de conseguir recursos y adquirir pasajes para que muchos camaradas pudieran embarcarse camino del exilio. Allí tenía conocidos de la época en la que militaba en la *bohème* y fregaba platos en un restaurante. Durante meses resolvimos lo que pudimos con las divisas que teníamos. Después utilizamos las joyas y las obras de arte requisadas, no muchas, que habíamos podido sacar de España.

Me repugnaba todo lo que tuviera que ver con el tráfico artístico, lleno de arribistas, especuladores, gente sin escrúpulos, que solo veían en las telas los dibu-

jos del negocio, opacos al arte, incapaces de admirar la belleza. En esto, desde luego, se parecían a algunos de mis camaradas de la guerra, a los cuales aquellos cuadros de santos, vírgenes, escenas bucólicas o mitológicas, no les decían nada.

—Si nos sirve para comprar armas y luchar contra los fascistas, bienvenido será ese dinero.

Yo me había desgañitado discutiendo con comités de requisa, con los responsables de las incautaciones. Solo algunos eran sensibles al hecho de que era arte que el pueblo merecía disfrutar. Si había sido realizado por los pintores, gente con oficio, para disfrute de los exquisitos, en aquellas obras también estaban representados nuestros antepasados, nuestros congéneres, los obreros, campesinos, criados, todos aquellos personajes que acompañaban a las figuras centrales.

París había cambiado, no era la misma ciudad que cuatro años atrás. También era posible que yo hubiera cambiado bastante en ese intervalo. Poco quedaba de la bohemia, la que yo conocí, tan joven, a los veinte años, uno antes de la Guerra Civil. Había ido a aprender con una beca del Gobierno y los ahorros de mis padres, maestros con inquietudes y ganas de cambiar un país injusto. La formación era el único lujo de mi familia. Antes de Francia pasé un curso en Alemania, pero Berlín no me encandiló. Me deslumbraba más París y su ambiente intelectual, donde, como muchos de mi generación, suponía que estaba la cuna del arte. Pero allí, aparte de los museos, apenas pude disfrutar del ambiente bohemio. Cuando me di cuenta, había gastado como un novato todos mis recursos invitando a cafés y almuerzos. No tuve más remedio que ponerme a

trabajar en el mercado de Les Halles y lavar platos en un restaurante, hasta que reuní lo suficiente para regresar, evaporado el sueño del gran París.

Ahora se trataba de otro viaje a la capital francesa, con mis sueños doblemente rotos, truncada mi carrera como pintor, vencido y exiliado de mi país, agrio el aliento y ácida el alma, con el rostro marcado por la amargura del desastre. Pero había que empezar otra vez, aunque fuera lejos de mi familia y de los míos. Así que apreté los dientes y me lancé de nuevo a la vida.

El comité había decidido que las ventas fueran realizadas por dos compañeros que reportarían a su vez a un responsable. De esa manera se evitaba que los fondos logrados se disolvieran entre manos sin demasiados escrúpulos o con demasiadas urgencias: había mucho apache en el París de aquellos días. Así pues, entré con un compañero en un local de la *rue Clément*.

—El señor Mainger no está —mintió el empleado—, pero díganme de qué se trata y veré qué puedo hacer.

—Venimos a ofrecerle dos cuadros. Pintura española. El marchante Ferretier me dio sus señas.

—¿Qué clase de cuadros?

—Pintura española del XVIII. *Bodegón con joyas y El neceser de la reina*.

—Quizá le interesen al señor Mainger. ¿Tienen los cuadros?

—Podríamos traerlos si la propuesta es buena.

—El señor Mainger podrá recibirlos a las seis.

Llegamos a las cinco, una hora antes de lo previsto. Primero, habíamos pasado otra vigilando el edificio, uno de los pocos de aquella diminuta calle que daba al Sena. Lo extraño es que, a pesar de encontrar la puerta abierta, no parecía haber nadie en la casa. Llamamos, pero lo único que oímos fue una lejana música de violín. Parecía Mozart, aunque no pude identificar la pieza. La música nos fue guiando, como la flauta de Hamelín, a través de las salas, hasta una puerta entornada en el fondo. La ejecución era de un verdadero virtuoso y en aquella semioscuridad tenía un efecto hipnótico. Hasta mi compañero, que apretaba la fusca en el bolsillo, parecía subyugado. Tras unos instantes, como temiendo que desapareciera aquella maravillosa melodía, empujé la puerta. Ante nosotros, un caballero maduro de facciones agradables, pelo gris, ojos claros y profundos, vestido con un elegante terno negro, tocaba con alma el violín, arrancando las notas y logrando armonías con una vitalidad sorprendente. Cuando nos distinguió, no pareció extrañarse ante nuestra presencia. Acabó, con tranquilidad y toque de maestro, algunos compases más y dejó el instrumento en su funda. Pero si sorprendente había sido su interpretación, práctica en la que debía de ejercitarse a menudo, no lo fue menos la manera en la que empezó a hablarnos.

—Encantado, señores. Me llamo Santiago Mainger. Les sorprenderá que hable español, aunque en realidad es solo uno de los idiomas que domino. Fue mi padre, un gran amante de España, quien comenzó a enseñarme su idioma, y quien me bautizó con ese nombre. Ya ven, tenemos algo en común.

La extrañeza de nuestros rostros le hizo continuar.

—Deben de pensar que solo será eso. También estuve en su país antes de que comenzara la guerra. O, como ustedes dicen, la revolución. Viajé allí por negocios y entendí algunas cosas sobre los españoles. Demasiadas palabras, demasiada miseria y mucha historia, excesivo lastre. Las guerras son terribles.

—En eso le doy la razón, sobre todo si las pierdes —intervine entonces—. Pero aún no se ha dicho la última palabra.

—No hace falta ser adivino para saber que la gran traca solo se está preparando.

—Europa entera va a saltar por los aires. Nos urge el dinero. Nuestra organización no goza de ninguna ayuda y son muchas las necesidades que tenemos.

—¿Podría ver los cuadros?

Abrí la maleta que portaba con cuidado, y, dentro de ella, el doble fondo, de donde extraje los cuadros que desplegué con cierta parsimonia sobre la mesa.

Santiago Mainger examinó las dos piezas, el *Bodegón con joyas* y *El neceser de la reina*. En el primero se distinguía, al lado de una bandeja de frutas, un collar de diamantes y rubíes, junto a un vestido de mujer antes de ser planchado, y en el otro, en un gabinete donde se apreciaban perfumes y joyas en un neceser, una mujer —quizás una camarera, por el gesto furtivo— se miraba de soslayo en un espejo.

—Pintura española, siglo XVIII.

Con ojos de experto, ayudándose a veces de una lupa que acercaba a los ojos, Santiago Mainger parecía concentrado.

—¿Es usted pintor? —me preguntó.

—Hasta la guerra lo fui.

—Ya, la guerra... Ferretier, el marchante, me dijo que había estado usted en París hace cuatro años. Y que era un buen retratista y copista.

—Lo intenté, pero no me fue bien. Hice algunas copias, algunos grabados, y pronto volví a España. Pero no hemos venido a hablar de mí. ¿Le interesan los cuadros?

—En efecto, me interesan. Les haré una buena oferta. Podrán responder ante su sindicato.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Les daré cincuenta mil francos por cada uno, lo que equivale, según el cambio actual, a algo más de dos mil dólares. Suficiente para pagar más de una docena de pasajes.

Mainger imaginaba cuál era el objetivo de la venta. Era una buena cantidad, que alargó en un sobre. El compañero, un experto en falsificaciones, examinó y contó los billetes. Eran auténticos.

—Me gustaría invitarle a cenar, para poder conversar, señor...

—Jèrôme, llámeme Jèrôme. ¿De qué? ¿De qué quiere usted hablar conmigo?

—De pintura. Tengo algo que proponerle.

—Y yo muchas cosas que hacer como para ponerme a conversar de pintura.

—Ya. Y más con un capitalista, está usted pensando. Creía que precisamente ustedes, los anarquistas, no tenían tantos prejuicios. No se preocupe, no le corromperé. Mi interés es solamente artístico, como comprobará cuando escuche lo que tengo que ofrecerle.

—¿Y por qué no me lo dice ahora?

—Cada cosa a su tiempo. Quiero hablar con el Jèrôme pintor, no con el militante anarquista.

Miré al compañero, que permanecía como una estatua de sal, sin abrir la boca.

—No le prometo nada. Tenemos que realizar la entrega del dinero al comité. Dígame el restaurante donde me esperará. Iré si puedo.

El restaurante no estaba muy lejos del centro. Acudí, más que nada, por curiosidad. Mainger me recibió en un reservado, donde un camarero tomó nota de mi pedido. Lo confieso, me aproveché. Comí tres platos y postre, acompañado de un buen vino. El magnate ni se inmutó.

—¿No come usted? —pregunté.

—No, solo bebo agua mineral. Pero usted siga, no se apure. ¿Sus camaradas están contentos?

—Ese dinero servirá.

—Iré al grano. Dijo usted que había copiado cuadros antiguos. ¿Acepta encargos?

—¿Qué tipo de encargos?

—Una copia de un cuadro de hace varios siglos. Ferretier afirma que era usted bueno como copista y grabador. Le pagaré bien. Una cantidad importante para que usted pueda viajar a América y comience una nueva vida.

—¿Y por qué no lo encarga a algún pintor parisino? Aquí hay cientos, bien lo sabré yo... Usted no conoce si soy bueno o no. No ha visto mi trabajo...

—Se equivoca. La copia que hizo hace unos años para Ferretier era encargo de un amigo. Cuando le pregunté por su autor me habló de un pintor español, de nombre Jerónimo, un chico joven, con talento.

—Vaya casualidad que fuera a dar con usted...

—En la vida no existen las casualidades. Ya se dará usted cuenta si vive lo suficiente.

—Que me conozca no contesta mi pregunta. ¿Por qué yo?

—Bueno, el trabajo tiene algunas características que lo hacen especial. Lo primero, si quiere, puede llamarlo intuición. Tengo que fiarme de quien haga la copia. El cuadro es muy valioso y no puede salir de la habitación donde está. Hay que copiarlo allí, lo más rápido posible, dos meses mejor que cuatro. No es un trabajo para cualquier pintor, por eso pago tan bien. Otra cosa importante. El cuadro está en Ámsterdam. El copista debe desplazarse hasta allí.

—Ya, ¿se cree que en estos momentos me importa mucho el dinero?

—Desde luego que no, no hay más que verlo para darse cuenta. Pero creo que podré convencerle. ¿Tiene algo que hacer? ¿Quiere acompañarme? Le prometo que no perderá el tiempo...

Me esperaba la sorpresa final, el truco del ilusionista. Mainger llamó a su chófer y en su vehículo fuimos a una mansión en las afueras. Aunque hubiera querido orientarme, no habría podido. Me lo impedían la noche y la conversación de mi anfitrión, que exigía una constante concentración, pero calculé al menos una docena de kilómetros en dirección noreste, tal vez al lujoso *arrondissement* de Belleville. Cuando empezaba a pensar en qué hacía allí, en ese coche, con ese hombre desconocido y enigmático, llegamos por fin a una casa rodeada de

árboles y con altos muros de piedra coronados por enredaderas.

—*Voilà*. Bienvenido a mi morada.

Su morada, sacada de otra época. Austera, se podría decir, aunque los muebles de maderas preciosas, los armarios, los cristales, los espejos, todo tenía una delicadeza antigua, como la disposición y colocación de las plantas o las vitrinas con libros. Las cortinas no eran recargadas y, en general, la estancia, iluminada por finas lámparas, desprendía un ambiente de calidez: lustres y reflejos de bosque habitado. Tras pasar por el salón y el vestíbulo, Mainger abrió un gabinete con llave y me introdujo en él.

Cuando encendió la luz, apareció ante mí una galería con una veintena de cuadros antiguos y modernos. Había primitivos flamencos, renacentistas italianos y holandeses, barrocos y hasta impresionistas franceses. En unos atriles, tres copias esperaban el remate final. La que estaba más avanzada correspondía a un Durero; después, una escena campesina de Pieter Brueghel el Viejo y una copia de un cuadro temprano de Holbein. Eran obras maestras, cuya existencia desconocía. Me dejó deslumbrado tanta belleza.

—No se asombre. Como ve, tengo el taller produciendo a pleno rendimiento. Aunque puede que estas sean las últimas copias.

—Pero, ¿cuál es la razón para copiar las obras? Lo está haciendo al mismo tamaño, lo que quiere decir que quiere vender las copias como si fueran las auténticas...

—Bueno, le contaré la verdadera razón. La mayoría de las obras que ve están en depósito. Sus propie-

tarios, judíos, se hallan ahora mismo en la ratonera de Alemania. Hay jerarcas nazis que son obsesos coleccionistas de arte, buitres rapiñando su botín. Las copias son para ellos. Es el precio. Sus dueños lograron sacarlas del país y ponerlas en mis manos, y yo cambio a los nazis los cuadros por sus vidas.

—Ya. ¿Y es la copia la que viaja o el original?

—Supongo que se imaginará la respuesta. No se sorprenderá tampoco si le digo que he desarrollado una técnica nueva para envejecer telas y cuadros. El procurar salvar vidas no implica que desaparezcan esas obras de arte. Porque lo que está claro es que peligran mucho más en Alemania que aquí.

—¿Y no han detectado nunca la falsedad de sus copias?

—No, *monsieur* Díaz. Llevan marcos de su período y están pintadas en una tela o tabla de roble de la época, con pigmentos fabricados a mano, como se hacía entonces. Es fundamental dejarle su reposo, pero ahora no nos lo podemos permitir. Por eso aplico un tratamiento especial, que solo conocerá si acepta mi oferta.

—¿Y por qué me cuenta todo esto? ¿No podría ser un espía?

—Tengo informes suyos. No solo de Ferretier. Creo que encajaría perfectamente en el trabajo. A todos nos vendría bien, a usted el primero. Considérelo. Será una corta temporada en Ámsterdam trabajando para la causa de la libertad y del arte.

—¿Y cuál es la obra que tendría que copiar?

—Lo sabrá si acepta. Pero le puedo asegurar que le resultará fascinante. Sí, esa es la palabra. Fascinante.

—Déjeme pensarlo.

—Ojalá pudiera, pero no hay tiempo. Viajo a Ámsterdam dentro de dos días. Me gustaría que me acompañara; todo depende de usted. Eche una última mirada a los cuadros, *monsieur* Díaz. Bruno le llevará después a donde le indique. Ya sabe dónde encontrarme. Que tenga buenas noches.

* * *

13 de junio de 1463

A media mañana, tras una negligencia de un tintorero, en la Verwerstraat, al atizar demasiado el fuego de la caldera grande, se declaró un incendio, avivado por el viento, que ese día soplabla con cierta fuerza.

Desde esa calle, situada al sur de la población de s'Hertogenbosch*, tras pasar el cruce con la Waterstraat, las llamas tomaron el camino del ayuntamiento, avanzando por la Ridderstraat.

Era un espectáculo impresionante, sobre todo para los niños que miraban de lejos con admiración y temor, con los ojos abiertos, imposibles de cerrar en mucho tiempo, como si el fuego se hubiera colado a través de las pupilas. El corazón del Bosque Ducal ardía. El fuego, con sus lenguas ardientes, ascendía muy alto y saltaba, como antes lo habían hecho los gatos, de un tejado a otro.

La familia Van Aeken se movilizó enseguida. Sólo llevaban algo más de un año en esa casa llamada *Sint*

* s'Hertogenbosch, Den Bosch, Bolduque, Balduque, o Bosque Ducal.

Thoenis, San Antonio, en la plaza del Mercado, donde se habían trasladado e instalado el taller. Jeroen tenía entonces trece años, era el más pequeño de una familia de cuatro hermanos —tres varones y una mujer— que provenía de Aquisgrán. Era familia de artesanos y pintores: un abuelo y un tío de Jeroen habían alcanzado cierta relevancia en la comarca. Además de su padre Anthonis, dos de sus hermanos, Goessen y Johannes se habían dedicado también a la pintura, gremio donde él asimismo acabaría por ley natural.

Nadie se ocupó de otra cosa que salvar las piezas que se encontraban en el taller, bajándolas a la calle. Entre ellas, con mucho cuidado, el padre de Jeroen envolvió en tela las alas del altar de la Cofradía de Nuestra Señora, que le habían confiado para restaurar. En la calle, los gritos de las mujeres se mezclaban con las órdenes de los hombres. Un gentío huía en todas direcciones, algunos con la mirada perdida, sin saber a dónde dirigirse y llevando en sus manos o a la espalda lo poco que habían podido arrancar de las garras del fuego: una mesa, una silla, un atado con ropas y piezas de cubertería, un tapiz.

Durante horas, las llamas se ramificaron entre las manzanas, con su danza espectral de sombras y luces, con sus chispas hirientes. Ya habían ardido las casas a ambos lados de la Ridderstraat, y la hoguera continuaba hacia derecha e izquierda, buscando el gobierno municipal a través de la Wijnstraat. Llegó hasta el cruce con las calles de Vught, Snelle y la de los Fratres Menores, que comenzó a arrasarse, pero, fuese porque el viento amainaba, fuese porque las oraciones de los habitantes de s'Hertogenbosch consiguieron llegar a

lo alto, el fuego fue perdiendo fuerza. Hacia la izquierda, superó una manzana de casas y llegó a Kerkstratt, calle contigua a la de la familia de Jeroen, donde se detuvo.

Desalojadas las casas del pan y de la carne, la muchedumbre aguardaba expectante en la plaza del Mercado. Las mujeres rezaban, los niños permanecían cerca de sus madres, una fila de hombres con cubos de agua salía del pozo central y, como hormigas, avanzaba hacia los frentes del incendio. A menudo el agua no llegaba nada más que a una cincuentena de metros del fuego; nadie era capaz de acercarse por la alta temperatura, pero al menos mojaban paredes para que las llamas no avanzaran tan rápido. Un humo blanco, grisáceo, se expandía en hilachas por la ciudad a merced del viento, que cuando cambiaba de dirección cegaba los ojos, nublabla la vista y añadía más lágrimas a las enrojecidas cuencas. Todos los que permanecían en la calle debían estar muy atentos a la caída de pavesas o trozos de madera encendidos.

Hombres en los tejados de las casas, con escobas, vigilaban el incendio y sus proyectiles aéreos. Solo desaparecían de lo alto cuando las llamas se acercaban. Por fortuna, dentro del caos, los habitantes se habían organizado. Prueba de ello es que no se registró ningún muerto, apenas algunos heridos leves, quemados, más por tardanza en salir de sus casas acarreado lo que podían de sus bienes que por otra cosa.

Llegó la noche y los que se habían quedado sin hogar, moradores de más de cuatrocientas casas, se fueron acomodando en los conventos y las iglesias. Aún el color rojo continuó iluminando el cielo, con siluetas

recortadas de edificios entre las que permanecía en pie, ennegrecido, el muro de carga pétreo sobre el cual se construía, en madera, el resto de la casa. Solo algunas fachadas importantes estaban construidas en piedra, pero el techo de todas era de tablones. Por detrás, la parte privada de los edificios daba a un pequeño jardín al borde de un río canalizado, el Binnedieze. Por ahí llegaban las mercancías, en pequeñas lanchas, a los comerciantes de s'Hertogenbosch. Esos canales fueron también muy útiles para refrescar las casas. Jeroen pasó aquellos días oyendo cómo su familia y vecinos, todo el pueblo, se lamentaba por la desgracia: «¡Oh, Den Bosch calcinado, ahora vas a sufrir durante muchos días!».

Poco a poco la población regresó a la normalidad, mientras los afectados visitaban las ruinas aún humeantes de sus casas, entre las que, de pronto, aparecía algún objeto salvado milagrosamente. La parte central del retablo de la Cofradía de Nuestra Señora se quemó en el taller del escultor donde estaba siendo restaurada, junto con otras tablas y piezas.

Varias semanas se tardó en despejar los solares donde se comenzaría de nuevo a construir. A partir de entonces, según un acuerdo del Ayuntamiento, cuyo edificio había ardido, se subvencionaría la construcción con ladrillo y piedra, techos de pizarra, tejas u otro elemento no inflamable, la madera desterrada dentro. Ese fue el comienzo de la renovación de las fachadas de las casas, aunque en su inmensa mayoría, el interior quedó intacto.

Además de en algunas crónicas, el incendio quedó impreso en las mentes de los habitantes del Bosque

Ducal, entre ellos Jeroen. Durante muchas noches soñó con aquellos paisajes nocturnos iluminados por el fuego, con siluetas humanas danzando delante de las llamas, recortadas en un cielo rojo y naranja en el que flotaban las pavesas, visión que debía de corresponder con el averno, según le habían enseñado en casa, la iglesia y la escuela. Sueños que se repitieron a lo largo de su vida.

Jeroen ya había visto la cara del infierno.

* * *

Intenté informarme sobre Santiago Mainger. Pero nadie, en los medios sindicales, sabía mucho de él. Obtuve alguna información más en el mundo de los marchantes de arte. Un empleado de Ferretier con el que tenía alguna confianza de francachelas pasadas me contó que era uno de los coleccionistas más famosos de Europa, pero pocas veces salía a la luz. Siempre en la sombra, se había ido haciendo con una fabulosa colección. Obtenía sus fondos del mundo de los diamantes y las altas finanzas, donde se movía bien. Se decía que tenía relaciones con la industria y joyería alemanas, además de las francesas y británicas, y que en ocasiones había donado sumas de dinero a causas sociales. Decían que por mala conciencia u otros motivos espurios.

Era un hombre extraño, aunque eso sí, muy discreto. Apenas se le conocían otras aficiones que el arte o la música y no hacía ostentación de su más que segura y fabulosa fortuna. No me daba buen pálpito. Estaba dispuesto a rehusar su oferta, por más que fuera tentadora.

En aquel momento, a través de una carta de la Cruz Roja, supe de la muerte de mi madre. Aunque mi hermana me contaba que el suceso había sido repentino, un derrame cerebral, yo intuía que tras la derrota había languidecido de tristeza. Tristeza de ver a su hijo en el exilio, penando; de ver a su hija, mi hermana, limpiando y lavando casas para sobrevivir. Y tristeza de ver cómo su causa, la causa de la República, había sucumbido, fuera ya del cuadro de la historia.

Recibí la noticia como un mazazo en pleno rostro. Durante un día entero estuve como ido, sin dormir, afectado por la impresión y recordando todos los buenos momentos de Elvira, mi madre, maestra rural, humanista, pilar de mi familia, su anclaje en la realidad, pero también, junto con mi padre, en los sueños. Me había iniciado en la vida, en el arte y la belleza, en mis preocupaciones sociales; me había enseñado francés y fundamentos de alemán. Me alentó para pedir una beca, me dio ánimo y apoyo en los momentos difíciles, una vez desaparecido mi padre en 1932, otro maestro, como ella, que siempre tuvo a gala la educación en libertad de sus hijos.

Entonces acepté el encargo. Pensaba que concentrarme en una tarea concreta me ayudaría a superar la serie de fracasos en los que se estaba convirtiendo mi vida. Una tarea que tenía que ver con la belleza, con todo lo que nos aleja de la muerte. El comité del sindicato me exoneró de mis obligaciones, una vez conseguido lo principal. Viajé a Ámsterdam, con Mainger, en su coche. Tardamos casi un día. Además del tráfico en las carreteras, estuvimos detenidos una hora en un cruce esperando que pasase un convoy

militar francés hacia la línea Maginot. Aunque oficialmente declarada la guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña y Francia, la campaña se encontraba en el este, donde la trituradora alemana pasaba por encima de los polacos. En el frente occidental, aquella era aún una *guerra en broma*, o la *guerra sentada*, como decían los alemanes, frases que quedaron para la historia de los comienzos del gran conflicto mundial. Veía a los soldados franceses, con sus flamantes uniformes. Yo intuía que no resistirían un asalto de los alemanes. En aquel momento expresar aquella convicción podía ser mal interpretado, y aunque estaba seguro de que Mainger lo entendería, preferí callarme. Pero mi rostro debía de estar hablando por mí.

—¿Cree que aguantarán? ¿Resistirán cuando Alemania se decida a atacar? —preguntó él.

—Me gustaría pensar que sí, pero lo dudo. A pesar de ser el enemigo de guerras anteriores, no saben a quién se están enfrentando. Los alemanes los arrollarán en cuanto se lo propongan.

—El Gobierno francés y sus mandos militares confían mucho en su famosa línea Maginot.

—No conozco esas defensas, pero me temo que no servirán de nada.

—De momento vamos hacia un país neutral, Holanda.

—Usted sabe tan bien como yo que no hay ya ningún país neutral.

—Lo sé, *monsieur* Díaz. En lo que se refiere a Holanda, esa es una sensación que tenemos muchos. Aunque ellos crean lo contrario.

—La verdad es que sé pocas cosas de los holandeses.

—Le ilustraré un poco. El país tiene un gran sentimiento de unidad nacional, forjado, precisamente, en la lucha de independencia contra los españoles, en el siglo xvii. Los holandeses son muy fieles al poder. Como en toda Europa, también sufren pobreza y existe intranquilidad social, pero se enorgullecen de su compañía aérea, las obras de los diques, el equipo nacional de fútbol y la Casa Real.

—¿Y no se dan cuenta de lo que está pasando en el continente?

—Algunos sí, pero la mayoría están con una venda en los ojos. La sociedad holandesa se vertebra alrededor de las agrupaciones políticas y religiosas: los liberales, los protestantes, los católicos y los socialistas. Grupos que viven voluntariamente aislados entre sí, como si los demás no existieran. Cada uno tiene sus propios periódicos, asociaciones e, incluso, sus propias escuelas. Aunque conozcan el peligro que amenaza desde fuera, de dictadura, guerra y persecución, los holandeses viven ensimismados. No se han preparado para la guerra. Esperan que, debido a su postura neutral, como pasó en la Primera Guerra Mundial, la amenaza pase de largo y no los toque. Por eso es tan importante no perder un minuto. En la vida hay que adelantarse a los acontecimientos.

En aquel viaje nos encontramos con las compañías de trabajo, donde estaban enrolados algunos de los republicanos españoles que habían salido de los campos, como otros en los batallones de marcha de la legión extranjera. Yo los veía desfilando por la carretera, con picos y palas, fumando colillas; reconocía en aquellos gestos y aquellas caras a compañeros de derrota, seres

que buscaban su lugar en aquel tiempo incierto y en aquella Europa cuya sacudida se temía tanto como se presagiaba.

Le pregunté por la obra por copiar. Pero aquel hombre sabía ser misterioso cuando quería.

—Ya falta poco. Prefiero que contemple usted el cuadro por sí mismo. Cualquier descripción sería subjetiva y le predispondría a favor o en contra del trabajo. Permítame esa sorpresa. La paciencia, ya lo sabe usted, es una de las virtudes de un buen copista.

En todo el recorrido, Santiago Mainger apenas bebió agua. Y, sin embargo, había embutidos, fruta, quesos y hasta vino para mí y el chófer. Pasamos la frontera francesa, la belga y la holandesa, y en todos los guardias advertí tensión y preocupación, tal vez miedo. Había ya algo pesado en el ambiente. Lo mismo sentí cuando la rebelión militar de julio del 36 en España. Yo y muchos más. Todos sabíamos que algo iba a pasar; el cielo estaba preñado de malos augurios.

—¿Qué sucederá si Alemania invade Francia?

—Estoy tomando mis medidas, *monsieur* Díaz. Pero trasladar los negocios y las obras de arte requiere su tiempo. De momento he cerrado mi casa de París. Llevo las copias para darles el tratamiento de envejecimiento.

Ya en las proximidades de Ámsterdam, alcancé a ver un cartel amenazante. Con estética fascista, se destacaba una frase sobre imágenes de huelgas y muertos.

—Lo que dice en ese cartel es «La democracia es caos» —informó Mainger, sensible a mi sorpresa—. Es del NSB, un pequeño partido nazi holandés. Ese cáncer que crece por Europa ha calado también aquí en-

tre un sector de la población. Debe ser discreto en todo momento y no revelar a nadie su trabajo.

En Ámsterdam, la mansión estaba en el canal *Herengracht*, el canal de los Señores, una zona residencial de parcelas amplias y casas elegantes, muy cerca de una antigua y hermosa casa llamada *Bartolotti*. Cuando llegamos, le expresé a Mainger mi interés en visitar la ciudad. No le dije, aunque es posible que lo adivinara, que mi propósito era contactar con sindicatos afines y preparar mi viaje en barco desde Ámsterdam hacia América cuando acabara el encargo.

—Tendrá sus momentos libres, aunque debe concentrarse en su labor. Cuanto antes haga su trabajo, mejor. Tome este sobre con un anticipo. En la casa le servirán la comida, tendrá una habitación para usted y cuando quiera visitar la ciudad, dígaselo a Bruno, el chófer, que le llevará encantado y le devolverá a la casa sin problemas. Incluso creo que conoce algunos cafés con ambiente intelectual. Yo vendré a verle cuando me dejen mis obligaciones. Tengo que salir de viaje muy pronto.

Un rato después de haberme duchado, aseado y cambiado —mi anfitrión tuvo la delicadeza de regalarme ropa de trabajo y de calle— acudí al salón principal. Allí me esperaba Mainger con una cena opípara que, por supuesto, solo degusté yo. Él dijo que ya había cenado.

—Soy muy frugal. Y vegetariano. No debe extrañarle a usted. Muchos anarquistas son naturistas, vegetarianos y partidarios de la medicina natural. Esa es otra cosa que nos une, a pesar de su escepticismo.

Cuando hube dado cuenta de aquellos deliciosos manjares —sopa de verduras, pescado, patatas, buen

vino—, Mainger se levantó y me invitó a acompañarlo.

—Es el momento para conocer su obra, la que copiará. Supongo que quiere saberlo cuanto antes.

No me defraudó. El mago Mainger me llevó a una gran sala, una galería de delicadas obras maestras, como las que tenía en París. En un caballete reposaba una copia recién comenzada de un cuadro de Cranach y en otro, un poco más alejado, dos cortesanas grotescas de Quentin Massys tentando a un eremita.

—Los pintores fueron movilizados. No pudieron terminar el trabajo. Pero esas obras ahora no importan tanto.

En el fondo, en un marco de viejos dorados, iluminada con delicadeza por dos lámparas laterales, apareció la tabla que me estaba destinada. Era la parte central de un tríptico de El Bosco. Un título sobre el marco, en latín, informaba de que aquella maravilla se titulaba *Jonás y la ballena*.

Al contemplarlo, tuve la sensación de penetrar en el túnel del tiempo. Vi la tabla como si acabara de ser pintada y de la sala hubiera salido un minuto antes el pintor holandés para dejarla secar: aún gravitaba su presencia en la habitación, el olor de los óleos, de los pigmentos que cada maestro debía preparar con fórmulas únicas, mezcla de minerales y arcillas molidas y combinadas con aceites de lino. En la habitación de madera, frente a las vidrieras, en el gran caballete, brillante y oloroso, destacaba la figura de Jonás en un primer plano, a la izquierda. La imagen del profeta se parecía a la de los ermitaños que el maestro había pintado varias veces: aquellas series de San Antonio o

San Jerónimo, el príncipe de los santos eremitas, al que debía su propio nombre. Jonás y la ballena eran como el ermitaño y su cueva.

De hecho, el interior del animal marino albergaba cuevas donde oraban ermitaños, tumbas con escaleras y pasajes angostos con extrañas luces y reflejos. Se podría decir que la escena tenía algo de cementerio marino y terrestre. El fondo era sombrío, azul oscuro, como correspondía al interior del gigantesco cetáceo que lo había engullido. Un cetáceo que, a juzgar por varios detalles, parecía muerto. Otra sensación de irrealidad provenía de la perspectiva de esos descarnados costillares, rotos en alguna parte de la bóveda, sobre los que asomaba un cielo azul y en el que volaban algunos pájaros. Jonás miraba hacia esos agujeros en la piel del animal que dejaban pasar la luz.

Las cárceles que ponemos a nuestro espíritu son siempre interiores, parecía ser el mensaje, o al menos es lo que me sugirió. A menudo las primeras asociaciones son las certeras, sobre todo con los cuadros. Pero para eso hay que tener ojo pintor.

En el interior de la ballena, hacia el fondo derecho de la perspectiva, se veía un tremendo maremágnum de barcos destrozados, engullidos por el monstruo marino, que mostraban en espantosa confusión tesoros y riquezas mezclados con cuerpos de ahogados, esqueletos y calaveras frescas que devoraban los peces, también prisioneros en aquella umbría. Era otra de las metáforas: los peces, condenados a ser deglutidos por el más grande, devoraban a otros más pequeños antes de su inevitable fin. En ese ambiente cerrado, enclave diminuto cuyo límite era el armazón óseo de la ballena,

no existía referencia de mundos exteriores. Algo de ese desconcierto, de esa ignorancia, parecía envolver a las criaturas que poblaban la extraña pecera y que ya habían olvidado que un remoto día llegaron desde los espacios externos, desde un mar que, en comparación con el que existía en el estómago del cetáceo, era infinito. Ese mar interior, sometido también a los flujos de las mareas, se agitaba a los pies de Jonás, que reposaba sobre un tonel de madera, en una pequeña playa dentro del cuerpo del gigantesco mamífero marino.

En la piel de la ballena había incrustadas, como protuberancias, piedras preciosas, vetas de oro y plata, aspectos que recordaban el interior de una mina. De nada sirven las riquezas ni los tesoros de los barcos hundidos sin poder salir de la ballena, sin poder utilizarlos, viviendo dentro de un monstruo que en realidad es uno mismo, parecía pensar el profeta, sin saber que al final el mamífero marino lo expulsaría.

Naturalmente no faltaban las referencias bíblicas, y toda la historia de Jonás estaba contada. En la esquina izquierda, como un peregrino, se veía al profeta subirse al navío que le llevaría a Tarsis. Hacia allí se había embarcado para huir de su misión: predicar en Nínive, ciudad que consideraba corrupta y enemiga de Dios. Una tormenta descomunal se cernía sobre el barco. Mientras Jonás dormía, los marineros rezaban a sus diversos dioses, pero las olas seguían siendo enormes y un viento y una lluvia feroces barrían la cubierta. Desesperados, después de arrojar toda la carga por la borda, los marineros despertaron a Jonás y le rogaron que rezara a su Dios. El profeta se percató de la cólera divina, explicó a los atribulados marinos que él tenía la culpa

por desobedecer los mandatos de Yahvé y que debían arrojarlo al mar. Los marineros acababan lanzándolo a las aguas para que se calmaran, tal y como él les había indicado. Por la borda salían también extrañas mercancías con patas, alas, espinas y púas. Algunos monstruos aleteaban entre las olas y se apreciaba la presencia de una enorme boca con dientes que sobresalía, el gran animal que tragaría al rebelde.

En la derecha de la tabla, con tonos grises, se mostraba la expulsión de Jonás en la arena de la costa. El profeta llevaba tras de sí, como un manto, una red en la que se veían crustáceos híbridos junto con otras criaturas: cangrejos araña, serpientes con lengua, conchas de cristal, caracoles de estructura laberíntica. A lo lejos esperaba una Nínive sospechosamente parecida a una ciudad brabantona, aunque en esta ocasión se vislumbrara en lo alto de una colina con murallas imposibles, tejados con medias lunas, argollas y cadenas.

Se apreciaba también una imagen en último término, la higuera que proporcionaba sombra al profeta y que Dios secó, en otra lección al intolerante que ansiaba la destrucción de los enemigos de Israel y su Dios.

Había algo más. Algo que no se percibía a simple vista, y que tardé tiempo en notar. Sobre el manto de Jonás, en los nombres escritos en la popa de los barcos, enredados en los arabescos de las piedras preciosas, dibujados en los libros que aparecían en una de las cuevas, figuraban signos alquímicos, cabalísticos, siguiendo un orden extraño o tal vez hermético.

Fue Mainger el que me ilustró sobre los pormenores de la historia de Jonás, que yo conocía de la escuela. La tabla tenía una increíble fuerza. Era tan impactante

que durante un buen rato no pude articular palabra. La repasaba con la mirada, apreciaba en cada centímetro un nuevo pormenor, me echaba para atrás, volvía al detalle. Una sensación a flor de piel había brotado. Como si aquel cuadro encerrara un secreto. Un enigma para iniciados. Los pelos se me erizaron.

—¿Qué le parece?

—Algo grande. Ni siquiera sabía que existiera este cuadro de El Bosco.

—Ni usted ni el mundo. No se tenía ninguna referencia del cuadro, salvo el título, ni se conservaba ninguna copia o grabado. Su propietario, un joyero de Múnich, la heredó de su familia, pero no conoce los orígenes. Tengo especial interés en esta tabla por varias razones. Le parecerá una tontería, pero a las obras del maestro las persigue el fuego. La mayoría de las que se perdieron han sido devoradas por las llamas. Guerras de religión en Brabante, incendios en El Escorial, en el Alcázar de los reyes en Madrid... algo parece atraer hacia el infierno a las tablas de El Bosco. De algunas, solo se posee un grabado o una copia.

—De esta tendremos una copia. Empezaré mañana mismo.

Jonás parecía mirarme desde la tabla. Por un momento, sentí algo indefinible. Entonces pensé que no debía pintar ese cuadro. Algo, esa intuición que me había ayudado siempre en los peligros, me decía que mi vida cambiaría por completo. Pero hay momentos en la existencia en los que, a pesar de temer que nuestros actos nos acarrearán graves consecuencias, nos lanzamos a ellos —fatalismo y curiosidad, mezcla poderosa— con el sentimiento de que son inevitables.